

La carta que nunca te envié

A Jesús, in memoriam

Elizabeth Burgos

VARIAS DEUDAS ME HAN QUEDADO PENDIENTES CONTIGO, entre ellas la carta que me propuse escribirte tras haber leído tu introducción al número de *Encuentro* dedicado a la presencia cubana en Estados Unidos. Pese a nuestros frecuentes intercambios telefónicos entre Madrid y París, la singularidad de tu *punto de vista* exigía la gravedad de la palabra escrita, pues sentí que esta vez habías logrado clausurar definitivamente la incertidumbre y así, aligerado de ese lastre, ibas a poder continuar dando tu aporte al futuro de Cuba.

Desde la época en que nos conocimos, he seguido, paso a paso, la evolución de tus dudas, dilemas e incertidumbres, que han marcado tu acción de escritor activamente comprometido con el destino de tu país. Un lapso que cubre más de la mitad de nuestras vidas, puesto que nuestro primer encuentro data de los últimos días de 1965, cuando en La Habana se realizaban los últimos preparativos para la celebración de la Conferencia Tricontinental.

Lo nuestro fue una amistad a primera vista y quedó sellada desde nuestro primer encuentro. Se trenzó entre nosotros un grado de complicidad nada común, dado el contexto en el que los hechos transcurrían. Y si empleo el término *doloroso* para calificar tu relación con lo que entonces llamábamos revolución, es por ceñirme a la pura verdad, pues desde entonces nunca te he visto vivir sosegado y con plenitud el acontecer de tu isla. Pese a tu inclinación a compartir tus pasiones, tu actitud en aquella época dejaba entrever, muy en el fondo, que presentías la gravedad del momento. Incluso durante los años de mayor entusiasmo, tú conservabas una mirada exigente y atenta sobre los hechos.

Lo que nunca imaginé fue recordar un día en tu ausencia aquel primer encuentro nuestro en el hotel Habana Libre, recién llegada yo de Europa. Apelo al

recuerdo y aparece en mi memoria la silueta de aquel joven de mirada intensa y de andar desgarbado, como suelen andar los muchachos de barrio que no han frecuentado los colegios religiosos en donde se adquieren las «buenas maneras». Tú no eras egresado ni del colegio de Belén ni de La Salle, y menos aún habías estudiado en el extranjero, y eso tendría sus consecuencias. Muchos de los malentendidos suscitados por tu talante, se me ocurre se originaban en el hecho de no observar ciertas formalidades. Pero tú no tenías tiempo sino para lo esencial; la vida apremiaba. Poseías la desenvoltura gestual del plebeyo, aunada a una autoridad intelectual ejercida con la naturalidad de un aristócrata. En ti se conjugaban ambos, pues en verdad pertenecías a esa rara aristocracia del pensamiento que ostentabas con una naturalidad rayana en el desparpajo.

Desde aquella amistad a primera vista, se trenzó un lazo entrañable y duradero. «*Por el largo camino recorrido*» me escribiste como dedicatoria en *Las palabras perdidas*, y en *La piel y la máscara*: «*A Eli, que tanto y tanto ha significado para mí a través de los años*». Hay personas que se nos convierten en la personificación de su país: tú te convertiste en mi lazo esencial con Cuba. Por ti fui tocada por esa pasión exclusiva que te habitaba. Además, eres un raro espécimen de hombre, que logra establecer vínculos de hermandad con las mujeres.

Recuerdo las tardes en que solías llegar a la habitación del Habana Libre, a la hora en que el derroche de colores del crepúsculo habanero nos invadía como un dolor, y nos llevaba a instalarnos, con otros amigos latinoamericanos, en el balcón. Una de esas tardes, haciendo gala de esa generosidad de palabra que siempre tuviste, explicabas el proyecto de revista al cual estabas abocado, junto con otros compañeros del Departamento de Filosofía. *Pensamiento Crítico* sería el título de la revista que iba a ser el órgano de un marxismo crítico, contrapuesto al marxismo oficial. De hecho, iba a ser el órgano de expresión de la tirantez que oponía a Cuba a la URSS durante ese período. Entre una cosa y otra, nos dijiste que habías ganado el Premio Casa de las Américas por un libro de cuentos. Creí percibir como un dejo de culpa ante quienes estaban destinados a ser futuros combatientes de la revolución latinoamericana.

Desde *Los años duros*, desde el primer cuento, que lleva el título premonitorio de «El encuentro», tu participación en el quehacer político-revolucionario aparece signada por el conflicto, la ambivalencia, el dilema; muy lejos de la versión idealizada, impuesta por la versión canónica. Antes, al contrario, ese quehacer por la revolución puede terminar amputando zonas vitales, castrando. Recuerdo el impacto de tu libro, precisamente porque contrastaba con el ambiente que se vivía aquel año de exaltación del heroísmo y de lucha armada. Recuerdo también que cuando Liliam Llerena presentó con Taller Dramático el montaje de tu obra *Unos hombres y otros*, no faltaron quienes la consideraron con desdén, pues no seguía de manera simplista el sentido del consenso oficial. Los tiempos no estaban para matices ni dudas subjetivas, la guerra no soporta esas «debilidades»: era la hora de prepararse para el heroísmo. Entre bastidores se tramaba la guerra revolucionaria tricontinental. Pero en lugar de héroes, poco a poco, la isla se fue poblando de viudas y madres de mártires.

Aquellos comentarios a propósito de tu obra te contrariaban, te herían. Por eso, al volver a leerte, me vino a la memoria el recuerdo de tantos momentos compartidos, cuando intercambiábamos nuestras dudas, nuestro dilema de creer en la libertad de pensamiento, cuando nos identificábamos con un régimen cuya filosofía se oponía decididamente a ello. Pero todavía no habíamos aprendido a ver. Éramos rehenes de una creencia que, ilusos, pensábamos poder transformar desde adentro. Tú, incorporado al Partido Comunista cubano, aceptando concesiones tácticas para enderezar desde adentro el timón. Los latinoamericanos creyendo que al realizar la revolución en nuestros respectivos países, cambiaríamos el curso de la fatalidad totalitaria. Yo abandoné, tú emprendiste un camino de Damas, hasta desembocar en tu ruptura con el régimen, una ruptura que para mí ya se veía en ciernes desde que te conocí. Tu relación con la revolución siempre la sentí, por lo menos así lo expresabas ante mí, primero como una relación de interrogación, de algo que no lograbas comprender a cabalidad y, a medida que pasaban los años, esa interrogación se tornó en conflicto doloroso.

En la época en que te conocí, ya la duda te embargaba y se manifestaba como una interrogación permanente, que quedaba sin respuesta. Si se leen como deben leerse tus libros, extrayéndoles lo que ellos «significan», en los tres primeros, escritos antes de tu ruptura con el régimen, se encuentran contenidas todas las interrogantes y las dudas que te agobiaban y dejaban presagiar el conflicto y el desenlace de la ruptura. Algunos podrán reprocharte hoy errores cometidos: es el precio que se paga cuando no se es indiferente, avatar del que están eximidos aquellos que, distraídamente, dan la espalda y se alejan con disimulo, como esos ratoncitos a los que sólo les preocupa proteger su trocito de queso. Pero lo que nunca podrán reprocharte es haber obrado motivado por alcanzar privilegios.

No frecuentabas los medios de los extranjeros que solían visitar Cuba. Manifestabas un verdadero rechazo por aquel cóctel permanente que ofrecía el régimen a los turistas de la revolución. Pero sí lograste hacerte de algunos amigos que se convirtieron en tus ventanas hacia el exterior. La italiana Laura González fue una de ellas: viajaba a menudo a Cuba, primero por razones editoriales, luego por el amor inmenso que despertaste en ella. Laura te mantenía al día de la literatura crítica del marxismo oficial que se publicaba en Italia. Luego, cuando comencé a viajar entre París y La Habana, te suplía de publicaciones francesas. Para mí, enviarte la información sobre los debates teóricos que sacudían el marxismo y sobre las novedades literarias era una verdadera misión. Siempre tuve la certeza de tu talento, por lo que era necesario aportarte la información que te faltaba en Cuba, pues en esa época todavía no viajabas al exterior.

Al joven profesor de marxismo que entonces eras, poseído por una decidida vocación y ambición de escritor, se le brindaba un nuevo terreno que explorar. Tu avidez de conocimiento, tu fabulosa capacidad de trabajo, no tenían límites. La gran literatura rusa, que surgió como un presagio durante los años previos a 1917, y después fue disidente o exiliada, y la que luego

surgiría como reacción al gulag, te mostraría el terreno familiar que te haría cotejar la similitud de vivencias pues, pese a sus variantes y salvando las proporciones, el modelo de poder era el mismo y sus consecuencias generaban sufrimientos similares.

Nada como las grandes obras escritas por los narradores rusos para expresar la especificidad del totalitarismo del régimen soviético. Las claves de tu novelística son, qué duda cabe, cubanas. Recuerdo que tu mayor admiración la reservabas a Guillermo Cabrera Infante. Te referías a su obra como algo que te provocaba: cuando la mencionabas, parecía que la boca se te hacía agua. Sin embargo, para el mal que te aquejaba, el haber andado un trecho y compartido un proyecto que terminó en un régimen totalitario, fue en la cercanía de algunos escritores rusos que encontraste coincidencia en los temas y en la manera de abordarlos. Almas que como la tuya evolucionan en la desmesura, éstas con las que todo escritor busca cruzarse y compartir complicidades. Tus almas gemelas fueron rusas. Para aquilatar tu obra narrativa, en particular tus dos primeras novelas, habría que conocer tus antecesores: Víctor Sklovski, Vasili Grossman, Varlam Shalamov, Solzhenitsyn.

Pero el que te marcó definitivamente fue Víctor Sklovski, pues seguramente encontrabas en los personajes, en particular en los de *Viaje sentimental*, una identidad de sensibilidades con la tuya. Se trata del hombre que, al margen de su voluntad, de repente se ve lanzado en medio de acontecimientos, a los cuales asiste o en los que toma parte, ignorante de la versión que más tarde se dará de ellos. Todos los personajes de tus novelas están gobernados por la paradoja; son presa de esas circunstancias como el pelele de las tapicerías de Goya. *Zoo*, *Cartas que no hablan de amor* o *La tercera Heloísa*, la novela epistolar de Sklovski, significó para ti una verdadera revelación; en ella se encuentran muchas claves de *Las palabras perdidas*. Con ella recibiste la confirmación de la literatura como una entidad todopoderosa. En Sklovski encontraste el maestro y así lo expresabas con vehemencia. Compartían rasgos biográficos comunes que explican la cercanía de sensibilidades. Igual que tú, Sklovski practicó innumerables géneros: biógrafo, filólogo, incursionó también en la teoría. Seguramente, cuando en la Cuarta Carta leíste: «*Trasborda todo a escala cósmica, enjaula tu corazón, escribe un libro*», decidiste no seguir posponiendo la escritura de *Las iniciales de la tierra*. En efecto, *Las iniciales de la tierra*, archivada durante diez años, sufrió ingentes peripecias antes de ser definitivamente reescrita y publicada. Desde siempre lo supiste: el libro no es sólo escritura, es un arma, es un delito en un país en donde sólo se practica el culto a las armas y al pensamiento prefabricado. Pero como el mal en literatura también puede ser el bien, durante esos diez años de paréntesis, de crisis solapada, habías aprendido a discernir mejor: reescribirla significó un esfuerzo titánico, según me constaste, pues te impusiste la tarea de deslastrar el lenguaje de los esquemas mil veces repetidos por esa pedagogía pavloviana a la que está sometido el país desde hace más de cuatro decenios.

Fue entonces cuando Gabriel García Márquez, cuya casa se había convertido en el centro del poder social, cultural y político de La Habana —que por

cierto no frecuentabas— te citó con su agente literaria Carmen Balcells para proponerte publicar la novela en España. Y rechazaste la oferta, no te convenió el montaje editorial que te ofrecían. Siempre tuviste una conciencia muy nítida de tu valía; algunos la llaman arrogancia. Nunca aceptaste la condescendencia. Un rasgo muy cubano, por cierto.

La desaparición del Departamento de Filosofía, la de *Pensamiento Crítico*, y de *El Caimán Barbudo*, generaron una dispersión de sus integrantes que fueron destinados a profesiones de lo más variopintas. Recuerdo que Aurelio Alonso fue destinado a un plan lechero. Tú, a un central azucarero, del que luego te rescató Alfredo Guevara para el ICAIC —isla dentro de la isla—, como lo hizo con muchos otros artistas, víctimas de las cacerías de brujas que se llevaban a cabo en diversos centros culturales. Entraste en una suerte de convalecencia de tu vocación esencial de escritor y te convertiste en cineasta.

Pese a mi alejamiento de Cuba y los años que pasamos sin vernos, nunca dejaron de llegarme notas que me recordaran el afecto intacto. Un día apareciste en un viaje fugaz por París. Debe haber sido en la primavera de 1987. Hoy caigo en cuenta de que, aunque tú no lo sabías, aquel viaje fue el inicio de tu establecimiento en Europa. Pero lo cierto es que todo conducía a ello. La noche resultó corta para ponernos al día de los años transcurridos. Comunicabas una suerte de resignada tristeza y una actitud de estar como a la espera. A diferencia de la rebeldía crítica que ostentabas en los años 60, de la perplejidad de los 70, en los 80 se percibía que habías sido golpeado, pues había un dejo de amargura en tus palabras. El tema recurrente de ese encuentro fue «La novela»; la novela engavetada durante diez años, reescrita para limpiarla de la retórica y del panfleto.

Tu gran amigo Aurelio Alonso desempeñaba un cargo en la Embajada de Cuba en París. Si mal no recuerdo, al término de su mandato te propusieron que ocuparas tú el cargo, pero declinaste la oferta. Entendí, tal vez me equivoque, que un cargo de esa naturaleza, si bien te procuraba algún respiro, te obligaba a ser incondicional y tal vez no estabas dispuesto a pagar ese precio. Recuerdo que Fernando Martínez, el exdirector de *Pensamiento Crítico*, caído igualmente en desgracia junto con el resto de sus integrantes, también detentó un cargo diplomático por aquella época. Tal parecía que el régimen, tras haber convertido en bueyes a esos toros bravíos del pensamiento, al cabo de los años decidió ofrecerles un resarcimiento que de paso tendrían que agradecer ejerciendo la más drástica autocensura.

En enero de 1988, sucedió algo inesperado: nos encontramos de nuevo, pero esta vez en La Habana. Hacía siete años que no pisaba tierra cubana. Lisandro Otero me invitó al congreso de la UNEAC. (Hecho singular, pues desde hacía varios años, debido a mi postura crítica, ya ni siquiera me invitaban a las recepciones en la Embajada de Cuba en París.) Lisandro, cuyo último cargo diplomático lo había ejercido en Moscú, de vuelta a La Habana me manifestó, a su paso por París, que abrigaba la esperanza de propiciar en Cuba una suerte de *perestroika* intelectual desde el seno de la UNEAC, de la cual había sido nombrado presidente interino. Para poner en marcha su proyecto,

creo recordar que comenzó con la publicación de tres artículos críticos acerca de la política editorial de Cuba en la revista *Unión*.

Recuerdo, mientras esperaba en el vestíbulo del Habana Libre el auto que debía conducirme al congreso, como tú me explicabas las razones por las cuales te habías negado a participar. Me dijiste que no abrigabas ninguna esperanza de cambio. Que el último intento lo habías hecho enviando una extensa carta al Partido en la que hacías un análisis exhaustivo de la situación y de la crisis severa que aquejaba al país y los cambios que se imponían. Como no hubo ni siquiera acuse de recibo, considerabas que institucionalmente no había nada que hacer; por consiguiente, no tenía sentido que acudieras al congreso de la UNEAC.

En lugar de Lisandro Otero, fue entronizado Abel Prieto como presidente de la UNEAC. Los discursos de clausura tuvieron una tónica inesperada para mí, que había perdido la costumbre de esas misas laicas y torpes, de advenedizos luchando con todo su entusiasmo y fervor caribe para parecerse a los *aparatchiks* soviéticos. El discurso final de Fidel Castro, quien aclaró que no tenía la intención de tomar la palabra, pero que lo hacía «obligado por la indignación», tenía por objeto denunciar a un pintor que había cometido el «crimen» de vender sus cuadros a una cadena de hoteles destinados al turismo, para decorar las habitaciones, con el claro designio de «enriquecerse.» Armando Hart, Ministro de Cultura, tuvo durísimas palabras para aquel que se había negado a acompañarlos en tan magno acontecimiento y que, por el hecho de ser miembro del Partido, su falta era aún mayor. Como ves, el anatema de Hart a raíz de *Los anillos de la serpiente* no fue el primero del que fuiste objeto. El conflicto venía de antes. Debo decir que me sorprendió la declaración de Hart pues, por supuesto, reconocí enseguida quién era la persona aludida. Sabía lo que podía presagiar una advertencia lanzada desde una tribuna en presencia de Fidel Castro. Estaba más que justificado el que te abstuvieras de participar en semejante parodia.

Un día llegaste a Sevilla, donde me había instalado por motivos de trabajo. Seguramente fue a comienzos de 1990. Te veías profundamente afectado, yo diría que como un animal acorralado. Tu paciencia estaba rebasada. La ejecución del general Arnaldo Ochoa y otros oficiales, la extraña muerte de José Abrantes, el todopoderoso Ministro del Interior. Todo se podía esperar de un poder carcomido y corrupto que había adquirido las características de una mafia, aunque siempre encubriéndose con el velo de la ideología. Un hecho acaecido en esa misma época te conmovió profundamente, tanto por su grado de ignominia, como por la parte que te tocaba directamente como escritor. Volvías una y otra vez sobre el tema de manera obsesiva. Se trataba de la paliza que le propinaron agentes de la seguridad del Estado a la poeta Carilda Oliver Labra, mientras celebraba un taller de poesía en Matanzas. Más inocente no podía ser la causa, pero en un país en donde la policía es el poder omnímodo, cualquier gesto puede ser transformado en delito. Los hechos dejaban presagiar los signos de un período de caza de brujas. Por primera vez te expresé lo que pensaba desde hacía años: ¿Por qué no abandonas

ese purgatorio? Te propuse que te quedaras en Sevilla. La casa era amplia, mi situación entonces me lo permitía. Me dijiste textualmente: «Sería un canalla si dejara allá a mi mujer y a mis hijos».

Pudiste salir con tu familia, en marzo de 1991, rumbo a Alemania. Y luego te trasladaste a Madrid, en donde de nuevo coincidimos. Allí emprendiste un nuevo capítulo, y es la historia de esta revista. Comenzaste la aventura de *Encuentro* rodeado del grupo de amigos que me eran más próximos: Annabelle Rodríguez te brindó un apoyo decisivo, gracias al cual se llevó a cabo el proyecto que, tengo la certeza, continuará. Gastón Baquero brindó su prestigio moral y su inmensa presencia de poeta, y Pío E. Serrano su experiencia profesional de editor. La revista cobró vida y evolucionó, unos se alejaron, otros se sumaron. Y lograste lo que parecía imposible: *Encuentro* corrigió la anomalía de la intolerancia, la exclusión del debate y la ausencia de confrontación de ideas y, sobre todo, estableció el diálogo entre el afuera y el adentro del sentir de los cubanos.

También fue el comienzo para ti mismo de un período de aprendizaje. Todavía te faltaba limar ángulos y descubrir la necesidad de ensayar otros *puntos de vista*, puesto que nuestra visión de los hechos la determina la perspectiva que nos brinda el *punto de vista* que adoptemos para sopesar y medirlos. En el que asumes en *Las responsabilidades de David*¹ se percibe una ruptura total con los presupuestos ideológicos que nos habían inculcado y servido de guía durante tantos años y que, pese a distanciarnos de ellos, pueden seguir latentes, carcomiéndonos desde las corrientes subterráneas de nuestro pensamiento. Sedimentos ideológicos que nos obligan a vivir en ascuas o, como los avestruces, enterrando la cabeza. Indudablemente se había operado un vuelco radical en tu modo de ver. Tu *punto de vista*, por ser precisamente liberador, llevaba implícito un proyecto de futuro para intentar ponerle término a la zozobra de Cuba. Saldar el período de la desmesura, limitar los anhelos de la megalomanía caudillesca, centrándose en lo humano posible. Resumiendo: tras haber andado por atajos sembrados de escollos y dolores, al fin te orientabas por un camino franco, libre ya del lastre de la culpa.

Lo que deseé expresarte entonces, en la carta nunca enviada, fue mi admiración por la clarividencia que habías logrado en cuanto al tema crucial para Cuba: el de la naturaleza de las relaciones con Estados Unidos. Allí percibí una madurez límpida y una inobjetable y serena racionalidad, tanto más apreciables por cuanto el costo que pagaste fue altamente elevado. Más que nadie sé que las ideas allí expresadas son el resultado del largo y penoso camino de reflexión que te impuso tu ruptura, no sólo con el régimen cubano, sino también con una forma particular, *un punto de vista*, de mirar el mundo. Pues hay que decir que venías de muy lejos. No he olvidado que entre los miembros del Departamento de Filosofía tu especialidad era, precisamente, el pensamiento de Lenin: el teórico por excelencia del imperialismo. No dudo que ese mismo

¹ *Encuentro de la cultura cubana*, N° 15, pp. 5-10.

conocimiento teórico, aquilatado en una época superada, te haya servido para revelarte lo contrario: esa visión tan diáfana, al fin alcanzada, acerca de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Que un leninista como lo fuiste en tu temprana juventud haya logrado — sin incurrir en idealizaciones ni pretender negar la voluntad intervencionista de Estados Unidos y su carácter de imperio, con lo que ello implica— ir más allá del análisis canónico y admitir que, lejos de una pasividad de víctimas, los cubanos han tenido su parte activa en la manera como se han conformado las relaciones entre ambos países, significa un verdadero *acto*, en términos filosóficos: algo que trastoca el consenso, que pone término a un conformismo cómodo del pensamiento. Sustentar un análisis desde una perspectiva tan sensata significa haber franqueado un paso de hondas consecuencias. Significa, ante todo, haber abandonado la eterna y regresiva postura de víctima que le adjudica todas las culpas de sus frustraciones como país al poderoso vecino del norte, y esto es válido para toda América Latina.

Una segunda constatación, de no menor alcance, es la de reconocer la complementariedad que anima el modo de relacionarse de ambos países. De ella se deriva la existencia de una zona de ambivalencia fundacional, difícilmente contemplada en los fríos análisis sobre el imperialismo. Esa comprensión denota que lograste el abandono de la rígida postura ideológico-política y optaste por la que siempre fue la tuya en tu obra de ficción; pues te podrán reprochar exabruptos o posiciones rígidas, pero en ninguno de tus textos de ficción aparece el menor amago de sectarismo ni de simplismo político, ni el menor indicio de postura incondicional.

Ponías así un término al *double bind* (un discurso y, al unísono, su contrario) considerado por los anti-psiquiatras como causa de psicosis precoces, presión a la cual te sometiste tú mismo, pues se trata de un mecanismo de supervivencia consecuencia del régimen: esa escisión del pensamiento que tanto te agobió y puso trabas al libre curso de tus inclinaciones. La culpabilidad te paralizaba, te sentías en deuda con un sistema que, según lo que te habían inculcado, te había brindado la posibilidad de salir de tu medio y de alzarte hasta la cúspide de la jerarquía intelectual. Versiones que, a fuerza de repetirlas, terminan por aceptarse como verdades absolutas. Esa culpabilidad te obligó a vivir escindido, cuidándote de todo acto que pudiera traicionarte.

Desde tu adolescencia te viste obligado a trabajar para subvenir a tus necesidades. Eras parco sobre tu infancia, algunas frases sueltas me dieron a comprender que no provenías del mismo medio que la generación de intelectuales entonces en boga e identificados activamente con el régimen; incluso con muchos de tus compañeros del Departamento de Filosofía existía esa diferencia. Así pude sacar la conclusión de que, mientras la futura élite intelectual del país se formaba en el exterior, tú, desde tu más temprana juventud te viste en la obligación de trabajar. Me contaste que, todavía adolescente, precisamente habías trabajado para el padre de Aurelio Alonso, el más cercano a ti de los miembros del Departamento de Filosofía. Entre los cerebros de élite allí congregados, Aurelio y tú se llevaban la palma de la brillantez.

El «Departamento», en particular la revista *Pensamiento Crítico*, era la expresión intelectual de la efervescencia que se vivía entonces. Para sus integrantes se trataba de espacios de crítica y de creación intelectual; al régimen le servía en sus planes estratégicos de carácter internacional que, al fracasar, ocasionaron la clausura de ambos proyectos. El «Departamento», como un reducto de resistencia intelectual, llegó a albergar los cerebros de élite identificados con el proceso cubano. Abiertamente opuesto al marxismo oficial soviético, blandió el arma de la revista *Pensamiento Crítico* para dar a conocer a un público más amplio la expresión de ese marxismo anticonformista. En realidad, tanto el «Departamento» como *Pensamiento Crítico* debían su existencia a un gesto monárquico, a los que es muy dado el Líder Máximo.

Cada número de *Pensamiento Crítico* constituía un acontecimiento esperado con impaciencia. En efecto, allí se tenía acceso a lo último que se producía en materia de análisis marxista en su versión crítica, tanto en Europa como en América Latina —hasta se publicaban autores trotskistas— con una salvedad: ninguna crítica a la revolución cubana. Otra salvedad: nunca se publicaron textos de procedencia soviética. Se le daba prioridad, ante todo, a textos de análisis relacionados con los movimientos revolucionarios de América Latina. Así como años después lo hice para la revista *Encuentro*, te serví de puente con colaboradores latinoamericanos para *Pensamiento Crítico*, pues si bien el director era Fernando Martínez, no cabe duda que el liderazgo lo detentabas tú.

Uno de los mayores acontecimientos, en particular a ojos de la embajada soviética, fue el número consagrado a Lenin (el número 38 de marzo de 1970), en gran parte elaborado por ti. Aparte del famoso «Diario de las secretarías de Lenin», que comprende sus últimos meses de actividad como dirigente del Estado y del Partido, los conflictos entre Stalin y Lenin y del primero con Trotski, que por primera vez se publicaba en español, aparecían una serie de textos de sus últimos años, que tenían el propósito de hacer un balance de la etapa previa a la revolución, con el objeto de corregir las desviaciones y consecuencias del comunismo de guerra. El conjunto constituía una verdadera provocación, no sólo hacia la URSS, pues más de un dirigente cubano tuvo que sentirse aludido. El texto más osado, que tiene que haber levantado más reacción en el seno de la dirigencia cubana, fue el tuyo, titulado: *El marxismo de Lenin*, que analizaba la «Nueva Política Económica» (NPE), y según anunciaba la revista, se trataba de un capítulo de un libro tuyo de pronta publicación, que por cierto, creo que nunca llegó a editarse.

Al margen de lo que se piense en la actualidad acerca de aquellas posturas filosóficas tuyas, tu ensayo es brillante. No creo que se haya hecho un intento de análisis similar acerca del pensamiento de Lenin, en el marco de un contexto muy particular como fue el del último período de su vida, dentro de las corrientes marxistas latinoamericanas. Tenías apenas veintiséis años, el ensayo está fechado en abril-noviembre de 1969. Allí aludías, —adjudicándoselo a la época de Lenin, pero sin duda estableciendo un paralelo con la situación cubana— a la necesidad de repliegue, a la crisis de la revolución en su conjunto, a las modificaciones en el orden económico para poner fin al comunismo

de guerra e inaugurar, precisamente, la instauración de la NPE pues, según Lenin, la revolución rusa era más débil que el capitalismo, tanto a escala mundial (pues no se había logrado realizar la revolución en el resto del mundo) como nacional (sic), a que la NPE constituía un retroceso necesario y que ello significaba darle concesiones al campesinado, al capital y al comercio privados, a los modelos de administración e incentivación del capitalismo, incluso para el sector estatal de la economía. Afirmabas que la opción de Lenin era la única que se imponía. Igualmente, ponías el acento en la crítica de Lenin sobre la militarización excesiva, la hipercentralización, considerada como una contradicción del comunismo de guerra.

Algo andaba endiabladamente mal debido a la falta de cultura en la capa de comunistas que dirigían la revolución, decía Lenin. ¿En quién pensabas, Jesús, cuándo citabas estas palabras de Lenin? ¿En quién pensabas cuando citabas a Preobrazhenski, que criticó la decisión que otorgaba un poder extraordinario a una sola persona? Y he aquí una opinión de lesa majestad, también de tu cosecha: «*la capacidad de análisis de Lenin y su profundo antidogmatismo, un nivel jamás alcanzado por político alguno*». Y por si fuera poco, insistías a propósito de «*la dimensión de la conciencia crítica de Lenin, que lo hace incomparable como jefe revolucionario, poseedor de las más altas calidades del hombre de acción y del hombre de pensamiento*». Aparte de sus cualidades de líder, tal vez lo que más te sedujo de él fue el hecho con el que cerrabas tu ensayo. Allí te las ingenias para convocar, en el terreno de la aridez teórica, la presencia de la literatura, otorgándole la palabra final, dejando así constancia de su prioridad.

El embajador soviético opinó que el marxismo-leninismo, como acostumbraba a decir la vulgata soviética, ya había sido analizado y no se necesitaba de los cubanos para hacerlo de nuevo. Si sumamos a ello la invasión a Checoslovaquia y el subsiguiente apoyo de Fidel Castro, esos hechos firmaron la condena de muerte tanto del Departamento de Filosofía como de *Pensamiento Crítico*, poniéndole término al frente de reflexión teórica. Igualmente sucedió con el frente literario. *El Caimán Barbudo* también fue vencido.

Volviendo al tema de las relaciones de Cuba con Estados Unidos, tu artículo «Los anillos de la serpiente», lo considero un intento de confirmar algo que en el fondo intuías: que no había posibilidad de regreso, pues en Cuba el régimen no admitiría jamás el debate de ideas (la reacción de Armando Hart lo demostró con creces), y esa era tu condición para regresar. Otro artículo, «Al rescate de los hermanos», era evidencia mayor de infracción al tabú de leso castrismo que significaba el contacto con el exilio activo de Miami. Pero «Las responsabilidades de David» es, a mi parecer, sin pretender restarle méritos a los anteriores, de los tres el de mayor significado, el de mayor alcance. No es casual que sea en él donde demuestras sentirte plenamente liberado, pues habías logrado deshacerte del lastre agobiante de la culpa. Habías descornado los velos ideológicos y afectivos que tanto han empañado y aún empañan nuestra mirada de gente «comprometida». Los dos primeros artículos tienen que ver con el conflicto entre el régimen y tú; en cambio, en el tercero tocabas el tabú de tabúes, que para los cubanos va más allá de la identificación ideológica o no, con el castrismo.

A ti, como a tantos, el trauma de la Cuba mancillada por el vecino poderoso te horadaba, al punto de constituir, como para muchos otros cubanos, el obstáculo que les impide dar libre curso a sus desavenencias de fondo con el régimen. Eso te hizo optar, durante mucho tiempo, por la postura sacrificial, ejerciendo una lealtad forzada, pues eras demasiado alerta para no percartarte de las anomalías del régimen; anomalías que luego se revelaron ser, no sólo horrores, sino sustento y estructura de un régimen monstruoso por su perversión y anacronismo. Afirmar que no albergabas ningún temor de que «Cuba caiga en las garras del imperialismo norteamericano», no porque idealices a Estados Unidos, sino, entre otras razones, porque miles de cubanos, blancos y negros, han logrado crear y fructificar en Estados Unidos desde el siglo XIX, traduce un viraje, un momento crucial de tu pensamiento, recordándonos también que Cuba no puede entrar al siglo XXI con una mentalidad del siglo XIX. La simple vecindad entre los dos países apunta al establecimiento de relaciones equilibradas: es una demostración de sentido común.

No podías completar tu análisis sin mencionar la alianza de Cuba con el «imperio euroasiático». La incongruencia de un régimen cuya legitimidad ante el mundo es precisamente su «antimperialismo» y entrega la suerte del país a otro imperio. Consideras esa alianza como «una aberración antihistórica, anticultural y anti-geográfica». Pero la más rotunda y certera de tus conclusiones en cuanto al futuro de Cuba, la que demostraría la prueba verdadera de su independencia, sería, para ti, la instauración de un régimen democrático y de derecho, sin tener en cuenta el proceder de Estados Unidos. Condicionar el establecimiento de la democracia en Cuba al levantamiento del embargo, como lo hace el castrismo, es «una prueba, no sólo de totalitarismo, sino en el fondo de espíritu anexionista». Claridad y contundencia, sin soberbia, sólo que mucha tierra había pasado bajo tus pies, y muchas zozobras te habían enseñado que los anhelos deben tener la medida de lo humano.

Has cubierto un territorio inmenso y tu singularidad radica en el sentido que le has dado a tu compromiso con la época y con la historia; haciendo tu obra indisoluble de tu vida. Pío E. Serrano sostiene que por eso eres una metáfora de Cuba. ¿Cómo sustituir a una metáfora? Es el reto que enfrenta *Enuentro*. Tal vez el mayor logro de la revolución cubana sea su exilio y, dentro de él, tú eres uno de sus mejores exponentes.

París, 12 de agosto de 2002.